



Los jóvenes me ayudan a creer

La fe de un cura que peregrina con los jóvenes

Álvaro Chordi Miranda

Publicado en

Revista SURGE, julio-diciembre 2007

¡Qué fácil es creer cuando el río de la fe corre...!

Nací en Pamplona hace 39 años, en medio de una familia numerosa y creyente. A los tres años marché a Canarias, donde viví otros tres años. Y de ahí fuimos a Badajoz. Estudié la EGB con los *salesianos* en el colegio Ramón Izquierdo. Guardo un grato recuerdo de aquellos años incipientes en la fe: los buenos días, el ambiente de compañerismo, el mes de mayo, la visita a la capilla al entrar y salir del colegio, las convivencias, las celebraciones semanales, etc. Esta formación cristiana la completaba en un club juvenil del *Opus Dei*, que sostenía y alimentaba una fe en unos registros y códigos distintos que me ayudaron a no claudicar de la fe, a ser responsable con los estudios, a dar valor a los sacramentos, a frecuentar la dirección espiritual... En ambas realidades eclesiales fui madurando la fe que recibí de mis padres en un *entorno familiar* muy creyente. Además la parroquia de San José era un espacio celebrativo y juvenil agradable.

Cuando fui a vivir con mi familia a Salamanca, cursé el Bachillerato en el colegio Champagnat de los Hermanos *Maristas*. También ahí recibí unos referentes cristianos que alimentaron mi fe en una edad tan revuelta como es la adolescencia. Recuerdo a una profesora de Religión que me abrió el apetito por Jesús de Nazaret. Ya entonces preparaba las oraciones matinales de clase, algunas celebraciones y

convivencias... ¡Qué recuerdos tan entrañables guardo de aquellas convivencias escolares! Allí iba configurando mi identidad creyente, por dosis trimestrales, que mantenía encendida la llama de la fe. Incluso un compañero, al que se le daba bien hacer caricaturas, dibujó a toda la clase y a mí me caticaturizó de cura... ¡Parece ser que ya se veía venir!

Me puse a estudiar Derecho en la “Universitas Salmanticensis” y el contacto con realidades más seculares me llevó a confrontar y personalizar mi fe en unos parámetros nuevos. Me interesaba la cultura, hasta el punto que montamos un centro cultural para jóvenes. En aquella época me ofrecí de catequista en la *parroquia* de Santa Marta de Tormes, un pueblo-dormitorio cercano a la ciudad y cuya comunidad parroquial encomendaron a las *comunidades Adsis*. Allí conocí a quienes hoy son mis hermanos/as y con quienes pude personalizar y madurar la fe e insertarme eclesialmente. Este engarce con una comunidad adulta fue mi salvavidas en el proceso de fe, en unas edades tan convulsas y en unos ambientes tan paganos como los que frecuentaba. En aquella época me ofrecí a la *pastoral universitaria* y creamos grupos de facultad. No me cortaba en coger el micrófono en aulas abarrotadas por centenares de compañeros/as y lanzar propuestas sociales, eclesiales, culturales... por doquier. Salía a encontrarme con los jóvenes en las calles y las plazas, buscando ese diálogo evangelizador



que sirviera de lanzadera para la propuesta cristiana. Siempre he creído en ser fermento en medio de la masa; por eso, me comprometí en asociaciones de vecinos, en asociaciones de estudiantes, etc. Incluso representé a los jóvenes en el Sínodo Diocesano de Salamanca.

Cuento todo esto por reconocer que *Dios me ha hecho navegar por el gran río de la fe*, una fe que ha sido suscitada y alimentada por afluentes repletos de agua: la familia, la escuela, la parroquia, la asociación o movimiento... Sin duda, he sido un privilegiado, porque he nacido en una época donde por estos afluentes todavía corrían agua viva y daban curso a mi río cristiano.

Sin embargo, en este cambio de época que estamos viviendo, los jóvenes no tienen estas canalizaciones ni acueductos. La familia, la escuela y la parroquia están bastante secas; por ellas apenas corre el agua viva que los jóvenes necesitan para descubrir y vivir de fe. En estas nuevas condiciones, en la que ya hay generaciones de jóvenes no socializados religiosamente, -y siguiendo a los obispos de Québectica subir allí donde la fe toma su fuente, en el corazón de la experiencia de la gente. Sus biografías jóvenes son muy distintas de las nuestras, pues se trata de la *religiosidad del peregrino*, donde ellos mismos van elaborando su propia biografía de fe, reescribiendo el evangelio, dejando la puerta abierta a todas las variables y posibles formas de pertenencia, pero no prestando su adhesión de por vida a nadie. Es algo así como estar unido pero sin sentirse demasiado atado o vinculado, o como otros escriben, “creer sin pertenecer”.

Cada vez tengo más claro que las personas *tenemos toda una vida para llegar a la fe*. Y esta fe regalada es alimentada cada día por el Espíritu que entrelaza las diversas experiencias vitales y de fe hasta llegar a completar el dibujo vocacional que permita encontrarnos con nuestra fuente. Esta experiencia me está

llevando a reconocer que es el Espíritu el primer responsable de la educación en la fe de los jóvenes, y me exige estar muy conectado con el Espíritu, vivir en su Presencia, sentirme permanentemente enviado, saber “de quién me he fiado” (2 Tim 1,12).

Además me supone confiar más en el factor tiempo, sabiendo que no todos reciben de la misma manera lo que ofrecemos, que el ritmo de las personas jóvenes tiene poco que ver con las pretensiones y expectativas evangelizadoras que nos marcamos a diario, y sobre todo, que unos siembran y otros recogen... y en muchos casos no vamos a ser testigos de la cosecha. Incluso toca asumir que muchos jóvenes sólo pueden adherirse a una experiencia cristiana parcial y fragmentaria, no integral, poco coherente, pero que en las condiciones en que se encuentran quizá sea el máximo de adhesión posible.

Los jóvenes me llevaron a ser cura

La pasión por los jóvenes me viene del encuentro amoroso con un carisma que reconoce que los jóvenes son voz de Dios, que Él nos habla también a través de los jóvenes, especialmente los alejados y excluidos. Este encuentro amoroso ha configurado toda mi vida y ha puesto base a un ministerio ordenado que me capacita para servir a los jóvenes cada día de mi vida, hasta que me muera, estando con ellos y contemplando cómo Dios habita el corazón joven. Voy asumiendo que Dios necesita ministros que ayuden a despertar a la fe y a despejar tantos obstáculos para facilitar ese encuentro de tú a tú con el Dios de Jesús que trastoque la vida y la entregue a una causa por la que merece la pena vivir y morir.

Cuando acogí en mi corazón el carisma Adsis, me sentí enviado por el Señor a recorrer los caminos de los jóvenes *con los jóvenes y junto a mis hermanos*. Allí sellé una alianza que me hace bienaventurado y dichoso y que me alía



con un sector social que es carne de cañón y al mismo tiempo esperanza de Vida.

Aprendiendo a amar en fraternidad de hermanos/as, aproximándome a los pobres y desgastando la vida con los jóvenes, pasaron los años hasta que acogí la propuesta eclesial de ser presbítero en una Iglesia local al servicio de las comunidades y con los jóvenes y los pobres. Este consentimiento a transparentar a Jesús en mi vida trastocó mis planes y proyectos... Dejé mi “Roma Chica” para estudiar Teología en Deusto (Bilbao). De los *jesuitas* aprendí una teología abierta, plural, en diálogo con el mundo... Trabajé de abogado y comercial al mismo tiempo que estudiaba; frecuenté las cárceles de Nanclares y Basauri durante varios años con jóvenes voluntarios y me ofrecí de catequista de jóvenes en la parroquia de San Francisco Javier.

Tras la formación teológica, me acogió la diócesis de Vitoria, que “siento mía”. D. Miguel me ordenó cura hace ocho años, tiempo suficiente para ir configurando mi ministerio y recreando mi vocación y mi celibato.

En esta andadura creyente y ministerial siempre me he encontrado presbíteros que han sido grandes maestros y testigos de la fe, que allanaron mi camino presbiteral y me ofrecieron lanzaderas de vida abundante. Vivo con la certeza que nos necesitamos unos de otros. Existe una fraternidad sacerdotal que se enraíza en lo más profundo de uno y que se convierte en trampolín que te impulsa a recorrer caminos inéditos y desconocidos. No me siento solo; me siento cuerpo comunitario, me siento participando de una historia y de un proyecto que busca transparentar la gloria de Dios en nuestra tierra, entre nuestra gente...

Mi biografía me aporta una gran certeza, y que se convierte en un punto de partida de esta reflexión “a corazón abierto”: los jóvenes me llevaron a ser cura en el seno de una

comunidad. Mi pasión y dedicación a los jóvenes exigía una mayor entrega, un corazón a pleno rendimiento, “full time”, que fuera esponja de los avatares de los jóvenes y palpito de Dios. Las calles, las aulas, las comunidades, los espacios abiertos, los grupos, los centros culturales, las asociaciones, las parroquias, los proyectos sociales... han sido la avenida principal para llegar a un ministerio configurado por los jóvenes y con los jóvenes. No me concibo sin los jóvenes, no concibo mi ministerio al margen de los jóvenes, pues vamos de la mano, nos apoyamos mutuamente, nos queremos, nos aliamos...

Creo que contar y oír biografías constituye uno de los procesos fundamentales del ser cristiano y una contribución renovadora para la fe de nuestro tiempo.

¡Mi fe ha cambiado gracias a los jóvenes!

Cuando un presbítero es alcanzado por los jóvenes, y opta por ellos, entonces su vida cambia y su ministerio se resitúa. Consiente que lo más profundo de su ser sea tocado por los sentimientos de los jóvenes, y permite entrar en un dinamismo espiritual marcado por el éxodo, la gratuidad y la paciencia.

Llevo acompañando a jóvenes la mitad de mi vida: jóvenes creyentes e increyentes, jóvenes excluidos y acomodados, jóvenes urbanos y rurales... en definitiva, jóvenes. Ellos han pesado en la balanza de mis decisiones: vivir en comunidad, el celibato, el ministerio presbiteral, las encomiendas, los amigos/as, la oración, los sacramentos, las lecturas, etc.

Voy a intentar condensar *rasgos de mi fe sacerdotal* que han sido fraguados con los jóvenes y en compañía de mis hermanos a quienes sirvo y me dedico. A mí me gusta esa expresión tan simpática como original del autor de la Carta a los Hebreos: “La fe es una



forma de poseer lo que se espera, de conocer lo que no se ve!” (Heb 11,1).

a) “La vida toda” del presbítero se halla comprometida y entregada. Toda mi vida queda convertida en “sacerdotal”. Esto me lleva a una entrega de mí, a dedicar todas mis energías personales a la misión encomendada, intentando desprenderme de mis propios intereses, mis límites geográficos y eclesiales, mis contornos existenciales. La *eucaristía* se convierte en el motor de esa entrega. Durante los primeros años de cura vivía que el ministerio era un apéndice de mi vocación... A medida que pasan los años, compruebo que “todo yo” soy presbítero y que el ministerio baña y abarca toda mi existencia. La pasión por el ministerio, que brota de la fe y de la seducción por Aquel a quien hago presente y visible, me lleva a identificarme con la tarea, a sentirme bien, como pez en el agua, con los jóvenes. Eso reporta gusto por el trabajo pastoral, disfrutando con los jóvenes, sintiéndome en mi lugar, realizándome, centrado en lo mío, que es lo Suyo. Los jóvenes no quieren medias tintas, sino que buscan referentes radicales, que arriesguen y se la jueguen por ellos. Los jóvenes me llevan a ser todo para ellos en el Señor.

b) Somos epifanía de Dios para los jóvenes. La experiencia ministerial me va enseñando que uno mismo se convierte en el mensaje, la oferta y la propuesta para otros. Una joven me decía hace poco que el personalismo es el principal peligro a sortear por un cura que trabaja con jóvenes. Siempre he estado en contra de los personalismos, pero voy aprendiendo con los años que mi ministerio habla por sí solo, dice o no dice, atrae o repele, llega al corazón o no pasa de la epidermis, transparenta la gloria de Dios o la propia gloria. Los jóvenes ven a Jesús en la medida en que cada uno “tengamos los mismos sentimientos de Cristo Jesús” (Flp 2,5). La calidad y la hondura del corazón esculpido día tras día por el Dios de la Vida es el mejor menú que los jóvenes pueden descubrir en nosotros

mismos. Y si además esto lo vivimos y lo compartimos en comunidad, facilitamos al joven un boceto de Reino, un anticipo del sueño de Dios hecho realidad en una comunidad concreta y palpable.

El cura de los jóvenes ha de ser un *místico*, una persona profundamente enraizada en el amor primero de Dios. Por eso hemos de distinguarnos por nuestra dedicación a la oración contemplativa; más aún, que la contemplación de Dios sea nuestra tarea apostólica. La oración, la meditación de la Palabra, la contemplación, el estudio... son actividades fundamentales del cura de los jóvenes, que no debemos perder ante ninguna otra urgencia pastoral, porque forma parte de nuestro trabajo cotidiano. Uno no da lo que no tiene, o lo que es lo mismo, “donde no hay mata, no hay patata”. Y los jóvenes intuyen muy bien cuando hay hondura o superficialidad, fe o ideología, compañía o coleguismo... A mí me gusta ese lema destinado a la oración, que dice: “una hora al día, un día al mes y una semana al año”, aunque bien es verdad que hemos de hallar a Dios en todas las cosas, en lo cotidiano de la vida. ¡Qué razón tenía Pablo VI cuando escribió en ese libro de cabecera que es la *Evangelii Nuntiandi* que “el mundo exige a los evangelizadores que le hablen de un Dios a quien ellos mismos conocen y tratan familiarmente como si estuvieran viendo al Invisible!” (EN 76).

A mí me ha ayudado mucho dar Ejercicios Espirituales a jóvenes. Es una de mis tareas preferidas. Uno se sorprende dándolos y también contemplando cómo el Espíritu actúa en los jóvenes cuando uno menos se lo espera. Sin duda es una de las mejores inversiones que más me han reconfortado. *Acompañar y confirmar en la fe* a los jóvenes y animadores es una de las labores más interesantes del cura que sirve a los jóvenes.

c) “De residente a itinerante”. Hace un año me tocó preparar una charla para curas que



acompañan a jóvenes. Llegó a mis manos un libro de Luis Rubio titulado “Nuevas vocaciones para un mundo nuevo”, de quien tomo esta expresión tan sugerente: “de residente a itinerante”. Dice un amigo mío que *no se puede ser peregrino porque una vez se peregrinó*. La tierra de los jóvenes se convierte en una experiencia espiritual de desposeimiento, itinerario de la búsqueda de la voluntad de Dios en nuestras vidas, liberación de muchas seguridades que me encierran en mí mismo. Tengo experiencia de que cuando me he arriesgado y cuando he abandonado la orilla de mis seguridades y he sido capaz junto a otros de adentrarme en el lago con sus amenazas, inquietudes y tormentas, el Espíritu ha renovado mi vocación-misión generando nuevos encuentros, nueva experiencia de Dios, de la fraternidad, renovando sentido de nuestra misión en medio de los jóvenes y los pobres. En cambio, cuando me he dejado vencer por el miedo y la inseguridad y me he refugiado en los caminos de siempre, la orilla de los jóvenes se aleja y mi corazón se enfría. Y una gran escuela es seguir las huellas de Pablo de Tarso.

Los jóvenes están envueltos en una movilidad y provisionalidad humana y religiosa impresionante. Por eso, yo quiero apostar por la movilidad, por la itinerancia, por el desplazamiento... fijando los ojos en el Señor, convocado en oración con los hermanos, comprometido a recorrer caminos inéditos e insospechados que el Espíritu sabrá llevar a buen puerto.

d) La sabiduría de un corazón que escucha y acoge incondicionalmente. No soy un gran escuchante, pero los jóvenes me exigen que les escuche; más aún, que escuchándoles, sientan que escuchan la voz de Dios. Dios habla hoy a través de los jóvenes. No tengo la menor duda. ¡Cuántas veces hemos claudicado de nuestras ideas, esquemas, proyectos, etc. porque los jóvenes han visto otra cosa! Me parece que es importante tener rostros e historias de jóvenes concretos que

habiten nuestra oración, que extienden nuestra fraternidad, que hacen adulta nuestra afectividad, que estén inmersos en el pan y vino de la eucaristía. La *escucha* es un aprendizaje permanente, donde el joven pueda sentir que comunicando su vida, sus alegrías y avatares, está siendo acogido, escuchado y comprendido por Dios a través del presbítero, a imagen del Buen Pastor, “que conoce y da la vida por las ovejas” (Jn 10,11.14). Todo esto nos lleva a vivir en búsqueda permanente, a no dar nada por supuesto, ni la fe de los jóvenes, ni la de los animadores ni incluso la de los curas. En esas búsquedas compartidas con los jóvenes hemos de convivir y acompañar sus dudas de fe, los altibajos en el camino de la fe y formar parte de “esa gran nube de testigos” (Heb 12,1-2) que enseñen a los jóvenes a caminar en la oscuridad. Ernesto Sábato lo dice con otras palabras: “en tiempos oscuros nos ayudan quienes han sabido andar en la noche”.

La escucha requiere de la *acogida incondicional*, que es la tabla de multiplicar de todo presbítero que se mueve con los jóvenes. Ellos reconocen a la primera quién les acoge y quién les usa. Esa acogida total es antesala de la confianza incondicional en Dios. La fe es confianza original del hombre en la vida. Estamos llamados a ser seres de acogida y no propietarios de la realidad. Porque somos unos *siervos desvalidos*, hemos de renunciar a considerar a los jóvenes como si fueran propiedad nuestra. Nuestro ministerio nos lleva al servicio más sucio. En definitiva, toca aprender y asumir que “yo no salvo, sino que significo la salvación realizada”, que yo no soy la última instancia, que yo no genero relaciones de dependencia con los jóvenes sino que les ayudo a crecer hasta el fondo en libertad, favoreciendo unas relaciones interpersonales de igualdad. ¡Cuánto camino nos queda por recorrer aquí!

e) Urgidos al amor, sin depender de eficacias. Yo siento a menudo cómo el Espíritu me



impulsa a convocar, a transmitir lo que recibimos a los jóvenes y a los pobres. Nuestra fe no nos lleva a ser eficaces, sino a vivir y transmitir en libertad y amor. El Padre nos pide actuar con urgencia, no nos exige eficacias. La eficacia no está en nuestras manos. El convocar a los jóvenes sí depende de nosotros. Es cierto que tenemos que estar siempre comenzando, y armarnos de paciencia y comprensión en el proceso educativo de los jóvenes, al modo como Jesús hizo con los discípulos de Emaús (Lc 24,13-35). Yo intento acercarme a los jóvenes por amor, no por interés. Intento ir a la persona, saber buscarla para encontrarla, crear ocasiones donde instaurar una relación interpersonal, donde poder escuchar e interesarme por lo que a él o ella le interesa, descubrir lo que le mueve el corazón, lo que sufre, lo que desea, la aventura que sueña, los afectos que alimenta, las situaciones familiares que vive, los proyectos laborales que realiza...

Cuanto más seducido me encuentro por el amor y la llamada del Señor, más enviado me siento a transmitir y a convocar. Yo quiero ser interlocutor y asidero para los jóvenes, especialmente excluidos, que me den capacidad para abrir el acceso al encuentro o reencuentro con el Dios de las misericordias.

Cada joven es *templo de Dios*, donde Dios siembra tantas semillas buenas. Quien ama a los jóvenes siempre convoca con esperanza, delicadeza y humildad, siempre siembra sin esperar cosecha, o dejando el tiempo necesario para la cosecha. Yo creo que el joven es, por naturaleza, un buscador de relaciones y de proyectos. Nuestra labor consiste en ayudarles a descubrir cómo el Espíritu habita en su corazón y le colma de dones que ha de poner en juego al servicio del Reino. Hemos de perder el miedo de hacerles propuestas vocacionales directas, porque sabemos que esa oferta, oportunamente hecha, puede encajar en lo que el joven está buscando, puede abrirle a nuevas perspectivas desde nuevas experiencias.

f) Ex-propiados. Hace años se me quedó grabado una frase de un teólogo italiano que definía al obediente como *aquel del que se dispone* sin reservas, sin impedimento alguno. Los jóvenes disponen de uno a todas horas y en lo que menos uno se lo espera. Estás a su servicio, te marcan horario y ruta, y uno se dispone a caminar con ellos. Quizás uno de sus mayores reclamos sea que mostremos nuestros afectos, sin pudor ni miedo, que nos movamos sanamente en el mundo de las emociones. Dios también se comunica a través de las emociones, y los jóvenes necesitan percibirlos y para ello hemos de mostrarlos. La puerta de entrada de los jóvenes es lo afectivo, tanto por la necesidad expresada u oculta de ser queridos como por la centralidad del corazón y de lo subjetivo en la cultura actual. Los jóvenes no esperan de nosotros razonamientos teóricos, sino que se vinculan a espacios y proyectos donde se sienten y se saben queridos gratuitamente. Ahí intuyen algo nuevo y valioso. En María de Nazaret podemos encontrar una gran ayuda para activar esta solicitud tan querida por los jóvenes.

Por el ministerio presbiteral estamos llamados a ser *ex-propiados*, a convertirnos en instrumento al servicio de la evangelización, en regalo de Dios para los demás. En el tiempo pascual, el evangelista Juan nos recuerda una y otra vez que la iniciativa parte de Dios, que Él nos llamó primero, que el sujeto es Dios, que Él es el donante, y que se sirve de mí para llevar a cabo su misión en medio del pueblo. Se trata de no llevar nada, de no llevarse a uno mismo, sino realizar el servicio sin estar pensando en mí, sin proyectarme yo en él, sin utilizar el ministerio para otros intereses, por muy nobles y honestos que sean, sino sólo servir al Señor y sobre todo aprender a vivir mi fe desde mi condición de último.

g) Servidor de la plena comunión eclesial: El carisma presbiteral no es un carisma aislado, solitario, sino que se halla en el núcleo de una



amplia red de relaciones. Nadie es presbítero en sí ni para sí. Recuerdo que en mi ordenación el obispo y los demás presbíteros me acogieron en un “cuerpo”, de tal manera que entendí que ese nuevo ministerio tiene una dimensión comunitaria y que sólo puede ejercerse como una tarea compartida y colectiva. “Ante Dios los presbíteros somos *copresbíteros* para siempre” es una expresión que tiene mucha fuerza y verdad. Esa fraternidad sacerdotal, al igual que la fraternidad vocacional, ha de mostrarse en lo cotidiano y ha de significarse entre los jóvenes. Cuando así es, posibilitamos a los jóvenes unos referentes comunitarios muy valiosos para una buena inserción eclesial e incluso propuesta vocacional. ¡Cuánto les cuesta a los jóvenes visibilizar esa fraternidad sacerdotal!

Una de las tareas más bellas de estos últimos cuatro años, a raíz de la encomienda actual de delegado diocesano de pastoral con jóvenes, ha sido suscitar, animar y estimular los carismas y vocaciones de los jóvenes y sus acompañantes. Siempre he tenido claro que *la entraña de la misión es la comunión*. He aprendido a apreciar y valorar lo distinto, reconociendo que Dios actúa en otros que viven la fe de una forma distinta a la mía: sensibilidad, teología, espiritualidad, pastoral... Aunque cuesta mucho, hago esfuerzos por acoger a quienes oran de forma distinta que yo, a quienes piensan diferente de mí, a quienes actúan de modo contrario a como yo lo hago... En la medida en que me he dejado sorprender por aquellos “distintos”, he ido más a lo esencial, a la entraña del cristianismo, y he podido conjugar misión y comunión en armonía y paz. Quizá éste sea mi mayor aporte ministerial en este momento diocesano: “que todos sean uno” (Jn 17,21).

Una de las experiencias más dolorosas de mi ministerio es descubrir ese *derecho de aduana* que hay que obtener para poder aliar unos jóvenes con otros, de aquí y de allá... Cuando los curas nos apropiamos de los jóvenes, algo

está pasando en nuestro corazón que impide ese amor oblativo y desinteresado que busca el beneficio común de los jóvenes. Cuando nos sentimos verdaderos instrumentos y mediadores de Dios para los jóvenes, somos capaces de converger y unir nuestras fuerzas para sacar adelante propuestas e iniciativas pastorales que apasionan a los jóvenes y les orienta hacia una vida más plena.

h) ¡Dios está aquí, y yo no lo sabía! Volver a Jesús. Tengo que reconocer que los jóvenes me han ayudado a pasar *del proyecto a la relación personal*. Yo fui educado en unas claves pastorales en la que se intentó adaptar el evangelio a los jóvenes de tal manera que evangelizábamos humanizando pero no terminábamos de anunciar suficientemente a Cristo a los jóvenes. Nos fijábamos en la categoría “sentido” pero no conseguíamos llegar a esa categoría de “encuentro” con el Dios de Jesús. Esta manera de trabajar dejó más mella en mí de lo que pensaba, hasta el punto de vivir para el proyecto de Jesús pero sin estar apenas con Él. Me faltaba un mayor encuentro personal con Él. Esto generaba en mí y en la pastoral que yo aplicaba una dicotomía entre la dimensión humana y la dimensión de fe. Y así he podido entender y vivir que el fin último de todo mensaje y signo es la apertura de la persona a la fe y a la vida en Cristo. Ésta es la auténtica y progresiva liberación integral, porque creemos que es en Cristo donde se revela lo que está llamado a ser el hombre y la mujer de esta Historia: horizonte y posibilidad de plenitud y humanidad nueva. Lo humano y la fe no son, por tanto, realidades superpuestas. No se construye la persona y luego se le anuncia la fe; los valores evangélicos necesitan, potencian y liberan el crecimiento humano.

Esto me lleva a ser más confesante, y también a denunciar esa autocomprensión achatada de la pastoral que todavía hacemos con los jóvenes, porque así domesticamos a Dios y encapsulamos su misterio. Sin contacto con la Fuente, nuestra vida se convierte en la



vivencia de unos valores y la búsqueda de un sentido; pero Dios es mucho más: es una persona libre que entra en relación conmigo, relación a partir de la cual brota vida verdadera.

Es fundamental *enamorarnos de Jesús*, focalizar nuestra relación con Jesús como Señor y conductor de la vida, sanador de nuestras heridas, instructor de discípulos que envía y a quienes educa en el arte del acompañamiento en la fe... Desde la relación con Jesucristo vivo se reconocen, se aprecian y se viven una serie de valores, se descubre un profundo sentido que lo penetra todo. La relación personal con Jesús, que me mira, me llama, me envía, me pregunta por la misión, me ilumina y me acompaña en el camino diario no puede faltar. Esta relación es singular, única e irrepetible y no se puede delegar. Por eso la lectura de la Palabra y el tiempo para meditar e interiorizarla, el encuentro sacramental con Él, la oración personal y comunitaria son piezas cardinales. En esto nos puede servir el libro del jesuita G. Uríbarri titulado “El Mensajero. Perfiles del evangelizador” (DDBUPC,2006).

La Evangelii Nuntiandi dijo sin tapujos que *sin anuncio explícito del Evangelio no hay evangelización posible*. Y ese anuncio tiene que empezar por la fuerza de lo cotidiano. A menudo me pregunto: ¿Cómo suscitamos la experiencia de Dios en los jóvenes? ¿Qué experiencias, testimonios, diálogos, sentimientos... transmitimos y ofrecemos a los jóvenes para que se encuentren con Jesús Resucitado? ¿Creemos sinceramente que Jesús es el Camino, la Verdad y la Vida? ¿No será que creemos que tenemos luz propia, y nos olvidamos fácilmente que somos “hechura de Dios” (S. Ireneo), criatura suya, en vez de creadores? A veces me entristezco cuando observo cómo de mí salen pocas Palabras de Vida, y cómo nos cuesta comunicar entre los curas lo que Dios va haciendo en nuestras vidas pues nos resulta

más cómodo contar lo que nosotros hacemos para “dejar huella”.

Así lo voy descubriendo a lo largo de estos años, en la medida en que voy ejerciendo el ministerio presbiteral con otros cristianos y cristianas que van enriqueciendo mi biografía vocacional. Pienso que a lo largo de mi recorrido vocacional he ido alimentando con tino la sensibilidad social, pastoral, secular, profesional, etc. pero quizás no he atendido suficientemente mi fe. Y éste es quizás mi talón de Aquiles, y no otro. Hoy siento la llamada a *caminar hacia las fuentes de la vida interior*. A mi modo de entender, la clave reside en ser testigos de la experiencia de Dios. Testigo es alguien que ha vivido un acontecimiento central y único, que le ha ganado el corazón y ha transformado su vida hasta el punto de que no puede dejar ya de transmitir lo que vive con su palabra y su conducta. La vida de los testigos queda transformada: ya sólo pueden vivir para lo que han experimentado. El testigo ha experimentado un cara a cara, un tú a tú.

La fe no es sólo respuesta, es también propuesta y ayuda a preguntarse adecuadamente sobre lo humano. Toda experiencia de fe es experiencia plenamente humana. Recuperar lo humano como revelación de Dios. La experiencia humana ayuda a profundizar, iluminar y universalizar. La fe es respuesta, pero no sólo respuesta, también es propuesta: cómo lo humano se abre a la fe y cómo la fe –que es experiencia humana válida- ayuda a preguntarse sobre lo humano como propuesta.

De ahí que hemos de *contar a Jesús a los jóvenes*. El Evangelio nació para contar a Jesús. Es fundamental que contemos a otros esa buena noticia, el tesoro de nuestra vida y la alegría por haberlo encontrado. A mí me ha pasado que he aplazado la buena noticia para momentos ulteriores que muchas veces no llegan. Compartamos con los jóvenes aquellas experiencias y palabras que resuenan en



nuestro corazón y nos enseñan a orar y a vivir. Contemos a todos los jóvenes, sea quien sea, que Jesús y su Reino nos colma el corazón y nos plenifica la vida.

Para ello necesitamos *fiarnos más de Dios*, que nuestras comunidades sean más creyentes, más auténticamente cristianas, que vivan más desde la fe, que posibiliten la experiencia de que somos aceptados incondicionalmente y podemos fiarnos sin límites, que sean verdaderamente espacio de salvación para todos. Nuestras comunidades se irradiarán “por medio de su existencia misma”, a través de *una forma de vida en la que se transparente el amor*. El amor desinteresado es el mejor lenguaje del testimonio. Hemos de expresar la realidad en la que creemos con representaciones, imágenes, nociones, símbolos y formas de vida en los que los jóvenes sean capaces de percibir a Dios. No tengamos miedo a crear lenguajes nuevos, modos nuevos, estilos nuevos, proyectos nuevos... Los jóvenes lo necesitan, pero esto supone cambio personal y eclesial, desplazamiento e itinerancia, descentramiento y acogida incondicional...

i) Caminar por las alturas. Hay un texto bíblico (Hab 3, 17-19) al que vuelvo continuamente, porque me ayuda a cargarme las pilas. Lo solemos orar en los laudes del viernes santo.

*Aunque la higuera no echa yemas
y las viñas no tienen fruto,
aunque el olivo olvida su aceituna
y los campos no dan cosechas,
aunque se acaban las ovejas del redil
y no quedan vacas en el establo,
yo exultaré con el Señor,
me gloriaré en Dios, mi salvador.
El Señor soberano es mi fuerza,
él me da piernas de gacela
y me hace caminar por las alturas.*

En estos tiempos nuevos y recios que estamos viviendo y ante la creciente dificultad de evangelizar a los jóvenes, dedico mucho

tiempo de mi trabajo pastoral a *sugerir proyectos de vida*, alternativas que inviten a ser más plenos y significativos, propuestas que activen ilusión, esperanza y vida en medio de las comunidades y de los jóvenes...

Vivo con preocupación la situación de los presbíteros respecto a los jóvenes. Hoy, *la mayoría de los jóvenes no tienen relación directa con un cura*, no conocen a un sacerdote. Incluso en nuestras plataformas pastorales, la relación es bien escasa y muchas veces funcional. Como suele recordarnos un hermano entrañable y lúcido, en la pastoral con jóvenes el quid no está en las “ovejas” (los jóvenes) sino en los “pastores” (los agentes de pastoral, entre los que estamos los curas). Es cierto que los jóvenes cambian, pero sus búsquedas son parecidas a las de antaño, aunque los modos de respuesta sean diferentes.

Cuando observo a *muchos curas* de todas las edades que han claudicado de los jóvenes y *han tirado la toalla de la pastoral con jóvenes*, jubilándose anticipadamente, siento que el corazón comunitario y eclesial se congela y se achica, y que esa pasión de Dios por el mundo se arrincona y se debilita. Hay que decir bien alto que necesitamos asumir comunitariamente la responsabilidad por la evangelización de los jóvenes, superando esa mentalidad de que “otros lo harán”. La convocatoria y el acompañamiento de jóvenes no es tarea de algunos, sino responsabilidad de toda la comunidad cristiana, también del que la preside: el presbítero. Así toda la comunidad llegará a ser vocacional, aunque lo realicemos en diversas formas. Todos somos necesarios.

La pastoral con jóvenes no es para ciertas edades ni sólo para los jóvenes; las formas cambiarán pero en ningún caso hemos de dejar de estar con los jóvenes. En nuestra diócesis, Félix Murga fue un claro ejemplo de ello. Los jóvenes han de sentirse acompañados, arropados, apoyados e



impulsados por los curas en todo momento. A cada cura nos han de corresponder nuestros propios “hijos/as”, es decir, no podemos ausentarnos de la vida de los jóvenes, porque junto con los pobres hacen presente al Dios de la vida y nos liberan. Creo que esa tensión convocante conserva joven la fe de la comunidad cristiana y del mismo presbítero.

Optar por los jóvenes es optar por un ministerio en continuo dinamismo y adaptación, dejándonos sorprender por el Espíritu que es el verdadero protagonista de nuestras vidas. ¡Qué hay más ilusionante que ayudar a que los jóvenes se encuentren con el Señor y con los hermanos!

j) Descalzos, a los pies de los jóvenes excluidos. Hay una experiencia que nos discierne en nuestra verdad: la práctica de la misericordia, o el rodeo de la huida. Yo creo que *la práctica de la misericordia* nos devuelve a nuestra auténtica identidad cristiana y sacerdotal. Estamos llamados a recorrer los caminos samaritanos, haciendo que la otra persona sea “mi prójimo” y la misericordia es la que nos hace a nosotros “su prójimo”. Quizá tengamos que discernir con claridad y audacia de quiénes somos “prójimo”. Lo serán los pobres cuando hagamos suyas sus necesidades, cuando amemos a los pobres “prójimos” como a nosotros mismos, y cuando desaparezcan las barreras de los propios intereses ante la ineludible necesidad del otro. Los presbíteros vivimos el ejercicio del ministerio como fuente de experiencia interior. Solemos acercarnos a las necesidades, sufrimientos y alegrías de las personas intentando revivir las actitudes y las

entrañas de la misericordia del buen samaritano (Lc 10, 25-37). Intentamos involucrarnos en la fragilidad de los jóvenes y los pobres, acercarnos a su dolor, a su debilidad, ungiendo con la misericordia y el perdón de Jesús.

Llevo un tiempo dando clases de castellano a *jóvenes inmigrantes* en un proyecto que hemos lanzado en el Casco Viejo de Vitoria-Gasteiz. El encuentro semanal con ellos es oportunidad de Dios. Es una gozada contemplar a muchos jóvenes voluntarios comprometerse con esos jóvenes subsaharianos, poniendo lo mejor de uno ayudando y solidarizándose con el prójimo. Para mí tiene mucho sentido ejercitar mi ministerio presbiteral junto a mis hermanos y en medio de ese paraje de jóvenes y pobres, siendo uno más, aprendiendo como todos a estar, crear relación, integrar... Pienso que cuando los jóvenes y los pobres se alían, cuando se sientan a la misma mesa de la fraternidad, el Señor nos proporciona Vida y gesta auténticos creyentes.

En esta hora ministerial siento la llamada a **ser cura de la periferia**, itinerar por las calles que rodean el templo, por las campos extramuros en los que moran errantes los jóvenes hambrientos y vagabundos. Ser cura de la periferia supone recorrer senderos con los pies descalzos, sin bastón y sin alforja de recursos extraños y pesados. Es tiempo de remar mar adentro con mayores nudos en la velocidad y más sangre en el corazón. Si nos introducimos en la periferia salvaremos nuestra identidad y garantizaremos el dinamismo ministerial.